

“LE PASÓ A UNA PERSONA, NO A UN PERSONAJE”: ENTREVISTA A SELVA ALMADA SOBRE FEMICIDIO Y CRÓNICA LITERARIA

“Le pasó a una persona, no a un personaje”: interview with Selva Almada on femicide and literary chronicle

EVA VAN HOEY
UNIVERSITEIT GENT (BÉLGICA)
EVA.VANHOEY@UGENT.BE
ORCID: 0000-0002-6768-5150

DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/mitologias.990>
vol. 29 | diciembre 2023 | 176-186

Recibido: 17/05/2023 | Aceptado: 29/08/2023

El ornitorrinco de la prosa. Así definió famosamente Juan Villoro a la crónica en 2006, por ser un género que adopta características de varios otros géneros —la novela, el reportaje periodístico, la autobiografía, el cuento e incluso el teatro—, pero que no por ello deja de tener una identidad muy sui generis. Sin duda, la tendencia más llamativa en el campo de la crónica de nuestro siglo es la irrupción de voces femeninas en este género tradicionalmente dominado por los hombres.

Leila Guerriero (Argentina), Gabriela Wiener (Perú), Fernanda Melchor (México), Belén López Peiró (Argentina), Patricia Nieto (Colombia), Cristina Rivera Garza (México) y Selva Almada (Argentina) son solo algunas de las escritoras que vienen a enriquecer el panorama, al poner el foco en una serie de problemáticas antes poco iluminadas, como la violencia de género. En este sentido, *Chicas muertas* de Almada, publicada en 2014, puede considerarse un hito. Aunque ya casi pasaron diez años desde su publicación, la terca y triste realidad se ha encargado de que este libro sobre una serie de femicidios en Argentina no haya perdido nada de su vigencia.

Selva Almada nació en el interior de la Argentina, en Entre Ríos, y publicó su primera obra en 2003, un libro de poemas llamado *Mal de muñecas*. Le siguieron varias colecciones de cuentos y también tres novelas, *El viento que arrasa* (2012), *Ladrilleros* (2013) y *No es un río* (2020), que juntas forman su denominada “Trilogía de varones”. Además, Almada ha escrito libros de no ficción como *El mono en el remolino: notas del rodaje de Zama de Lucrecia Martel* (2017) y la crónica *Chicas muertas*. En *Chicas muertas* cuenta la historia de Andrea Danne, María Luisa Quevedo y Sarita Mundín, tres chicas argentinas asesinadas durante los años ochenta del siglo pasado: tres femicidios impunes.



En otoño del 2022, Almada pasó una temporada en Francia, en la residencia de escritores de La Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs en Saint-Nazaire. Desde allí hizo una escapada a Bélgica, a la Universidad de Gante (Universiteit Gent), para entrar en diálogo con las y los estudiantes acerca de *Chicas muertas*, crónica y ficción, femicidio y feminismo, y la visibilidad de la nueva generación de escritoras hispanoamericanas. El presente texto se basa en este encuentro y en una entrevista personal que le hice a la autora el mismo día.

Eva Van Hoey:

La crítica literaria ha considerado *Chicas muertas* como una crónica. ¿Está de acuerdo con esta calificación?

Selva Almada:

En *Chicas muertas* hay varios fragmentos donde me permito recrear escenas sin tener pruebas, por ejemplo, la escena donde describo cómo María Luisa se levanta, elige la ropa de su guardarropa precaria y se pone una pollera bonita porque es un día feriado y después del trabajo va a salir con amigas. También escribo que se pone un desodorante específico antes de salir. Claramente, no puedo saber si estos fueron los pasos exactos que ella siguió ese día. Sin embargo, ella tenía puesta esta ropa cuando la mataron —la asesinaron con un lazo de la pollera— y la marca del desodorante era muy popular entre las adolescentes en ese momento, por lo cual es probable que lo usara, pero no dispongo de pruebas científicas.

Estas licencias que me tomo recreando escenas para el libro no serán vistas con buen ojo por un o una cronista que viene del periodismo, porque se preguntará de dónde saqué estos datos. En la crónica pura y dura tampoco se permitiría el hecho de incluir a una vidente que les tira las cartas a las chicas muertas. De hecho, alguna vez un cronista me dijo que mi libro, estrictamente hablando, no es una crónica. En Argentina, los y las cronistas de mi generación y los y las más jóvenes siguen la escuela de García Márquez de la crónica latinoamericana.

Eva Van Hoey:

Me parece que, por un lado, existe la tradición periodística de la Fundación Gabo, la fundación establecida por Gabriel García Márquez en 1994 para promover un periodismo independiente, creativo

y ético por medio de talleres, becas y publicaciones pero, por otro lado, hay un tipo de crónica que incluye más herramientas de la ficción.

Selva Almada:

Una cronista argentina a la que admiro mucho es María Moreno. Ella no sale de la escuela de García Márquez, sino que se hizo a sí misma antes. Hice un taller con ella unos años antes de escribir *Chicas muertas*, y me acuerdo de que desafía la idea de que el o la cronista solo pueda contar lo que vio. Decía que también puedes ser un o una cronista de hechos que te contaron. Ponía en duda la idea de que el texto sea más verdadero cuando el o la cronista estuvo en el lugar que cuando solo se basa en testimonios. Practicaba un tipo de crónica más libre, no atada a tantas reglas.

Eva Van Hoey:

Si no considera *Chicas muertas* como una crónica pura, ¿cómo calificaría usted el libro?

Selva Almada:

Truman Capote llama *A sangre fría* (1965) una novela de no ficción y con este libro inauguró de alguna manera el género. Yo también a veces digo que *Chicas muertas* es una novela de no ficción porque está escrita de una manera literaria. Por supuesto, el trabajo de campo corresponde a la crónica, pero la escritura está hecha con el material y las herramientas de la ficción. Pienso que se trata de un libro bastante híbrido, porque combina elementos de la crónica, la autobiografía y la ficción. No obstante, la crónica obviamente también es un híbrido.

Eva Van Hoey:

¿Por qué optó por la no ficción a la hora de contar los femicidios de *Chicas muertas*?

Selva Almada:

Para mí, la ficción no tiene que dar lecciones sobre nada ni ser un panfleto de las ideas de quienes escribimos, sino un universo con sus propias leyes. En una novela, como lectora, me aleja un poco cuando la intención de decir algo sobre algún problema actual prima sobre el universo de la ficción. En muchas novelas sobre la violencia de género está primero el panfleto antes que la historia, la trama y la ficción: el tema está metido forzosamente. Si veo el tema en una novela, me gusta que sea de manera más sutil e integrada en la trama.

Cuando pensé en escribir *Chicas muertas* sobre el femicidio de Andrea, un caso que conocía desde que había sucedido, primero pensé en novelarlo, ya que en ese momento solo había escrito ficción. Pero me di cuenta de que justamente con este libro sí quería decir algo a quienes lo leyeran, y

que sí quería exponer mis ideas sobre la violencia de género. Además, ya habían pasado más de veinte años y las mujeres estaban siendo olvidadas en sus comunidades. Por eso, elegí la no ficción y opté por no cambiar los nombres de las personas ni de los sitios de los que hablo. Quería que los lectores y las lectoras supieran que no estaban leyendo una novela sino historias que les habían pasado a tres personas de carne y hueso, tres chicas que un día fueron asesinadas de manera arbitraria y cuyos casos nunca se habían resuelto. Además, para la violencia de género y el femicidio me parecía importante la dimensión testimonial: quería hacer una investigación y a partir de allí contar las historias.

Han salido muchas novelas de ficción sobre la violencia de género, y algunas están buenísimas, pero a mí como escritora y feminista me parece que más que la ficción, la crónica o la no ficción es el mejor vehículo para abordar desde la escritura estos temas urgentes, porque el pacto de lectura de entrada está claro: estoy contando algo que le pasó a una persona real y no a un personaje.

Eva Van Hoey:

Sin embargo, como mencionó, de vez en cuando admite cierto grado de ficción en el texto. Así, por ejemplo, recurre a una vidente pidiendo que esclarezca ciertos puntos oscuros de los casos. ¿Cómo le surgió esa idea?

Selva Almada:

Fui a la presentación de *El empampado Riquelme*, un libro que el cronista chileno Francisco Mouat escribió a partir de una pequeña noticia que leyó sobre la aparición de un esqueleto masculino en el desierto de Atacama. Mouat empezó a preguntarse cómo murió allí y por qué nunca se investigó su desaparición. No encontraba suficientes datos para armar este personaje y decidió consultar fuentes menos “objetivas”, que un cronista o periodista no consultaría habitualmente. Le pide a un grafólogo que le haga un perfil de Riquelme a partir de su letra, visita a un psicólogo y la última persona a la que entrevista es una vidente. Me pareció muy rupturista incluir una fuente tan surrealista en una crónica.

En cierto momento del proceso de escritura de *Chicas muertas* yo ya no tenía plata para seguir viajando al interior de la Argentina e investigar los femicidios. Entonces, Alberto Laiseca, mi maestro de taller, me pasó el teléfono de una tarotista para que hablara con ella. Así nos encontramos varias veces y ella les tiraba las cartas a las víctimas. Luego, cuando estaba relejendo las entrevistas y los expedientes, me di cuenta de que dos familias también habían acudido a videntes para recibir respuestas. Así, mis consultas estaban en consonancia con el camino de los familiares. Además, me parecían consistentes con las intervenciones autobiográficas, ya que yo también crecí en un lugar donde consultábamos al curandero y al vidente casi de la misma manera que al médico. En el interior de la Argentina se da esta convivencia casi natural entre el mundo mágico y el mundo de la realidad más “objetiva”.

Eva Van Hoey:

A propósito, ¿cómo es su relación con la muerte y el más allá?

Selva Almada:

Descreo bastante que después de esta vida habrá otra. Pero en los últimos años sí creo que hay una energía que queda reverberando en el mundo una vez que las personas mueren, que nuestros muertos nos acompañan. Creo que de alguna manera seguimos dialogando con estos muertos. Todavía podemos inventar una especie de comunicación, aunque sea unilateral porque no nos responden, para tenerlos presentes en el recuerdo. Con gente muy cercana que ha muerto en los últimos años, todavía me pasa que veo algo y me pregunto qué diría él o ella de esto. Por eso me parece que si se perdiera la memoria de las chicas muertas, sería como matarlas otra vez. Mientras queden en la memoria colectiva, queda algo activo de estas personas en el mundo.

Eva Van Hoey:

En *Chicas muertas* figuran partes de los expedientes judiciales sobre los tres femicidios. ¿Cómo le ayudaron para armar el libro?

Selva Almada:

Me sirvió mucho este material, porque había pasado muchísimo tiempo y varios testigos. Por ejemplo, la madre y el padre de Andrea ya habían muerto, de modo que no podía entrevistarlos y saber lo que pasó de boca de ellos. En los expedientes sí encontré el testimonio que sus padres habían dado en el momento de la investigación policial. Estaban también las escenas de los crímenes narradas, los informes de las autopsias y, en algunos casos, fotos. Gracias a esos documentos pude constatar que, con el transcurso de los años y el trauma, los recuerdos de las personas sobre el tema iban cambiando. Cuando entrevisté al novio de Andrea y a su madre, ella dijo que cuando llegaron a la casa de Andrea hubo sangre y cuchillos por todos lados. Pero resulta que se trataba de un recuerdo ficticio, porque el expediente decía otra cosa. Así podía cotejar cuánto era una invención involuntaria y cómo era la situación en los ochenta. Digo involuntaria, porque no mintieron a propósito sino que el recuerdo cambió.

Eva Van Hoey:

¿Qué hizo que decidiera incorporar este material de archivo, característico de la crónica, a la narración?

Selva Almada:

Me pareció interesante incorporarlo como una voz más en el libro. Decidí no privilegiar las voces así que, por ejemplo, el informe de la autopsia aparece incorporado como uno de los muchos testimonios que aparecen en el libro. Quise también incluir las versiones orales que circulaban sobre los casos, lo que yo recordaba de Andrea, lo que se contaba, también como parte de la memoria colectiva, a veces equivocada y a veces acertada. Me parece que todas esas fuentes enriquecieron el libro, incluso

la visión de la tarotista. También pude consultar los archivos de los diarios, lo que me servía para ver qué se había dicho en este momento sobre los crímenes, cómo había sido el seguimiento de los casos en la prensa y quiénes eran los posibles sospechosos que después se habían quedado en la nada.

Eva Van Hoey:

Así, en el libro parece criticar la manera en que los medios representaban los femicidios.

Selva Almada:

Incluí el tratamiento de los medios para mostrar que no ha cambiado demasiado. En el momento del femicidio de María Luisa, se puso el ojo en la víctima y lo primero que se hizo fue buscar un argumento en la mujer para justificar el femicidio. Pese a todo lo que hemos avanzado en la concepción del femicidio, eso no ha cambiado demasiado. En los ochenta se fabulaba sobre la vida privada de la víctima: se empezaban a sacar trapitos al sol, por ejemplo, que tenía un amante o salía con un tipo grande. Hoy en día todavía se escuchan argumentos similares en el tratamiento de casos de femicidios. Como si siempre hubiese un afán de descubrir si la víctima tenía una vida sexual licenciosa o disipada, o si andaba sola por ciertos lugares, para poder justificar el crimen.

Eva Van Hoey:

Sin embargo, en la época en que se sitúa el libro, los años ochenta, esos crímenes todavía no se llamaban femicidios.

Selva Almada:

El término se incorporó hace bastante poco en Argentina, en la prensa y en la legislación. En los ochenta este tipo de crímenes se llamaban “crímenes pasionales”, lo que tenía una connotación novelesca y romántica: el amante, el novio o el marido que ama demasiado a la mujer y no soporta que lo deje y entonces la asesina. No teníamos idea de que a una mujer la podían matar solamente por ser mujer, pero un día nos dimos cuenta de que eran crímenes de odio: en realidad no era haber estado sola a tal hora en tal lugar, no era haber hecho algo para provocar el enojo de un hombre, sino que el único delito era ser mujer. Digo ser mujer, pero también existen crímenes de odio contra los y las transexuales y los y las homosexuales. Creo que “femicidio” o “transfemicidio” engloba todos estos crímenes.

Eva Van Hoey:

¿Qué opina sobre la manera como los medios cubren los femicidios hoy en día?

Selva Almada:

De alguna forma el periodismo pasó del silenciamiento de estos crímenes “pasionales” a de repente estar tirando las noticias del femicidio con elementos escabrosos. Es bastante común en Argentina que los cuerpos de las víctimas se abandonen en descampados y que después los medios pasen la imagen de la bolsa de basura donde está el cuerpo. Es una falta de respeto a la muerte de esta persona, y a sus familiares y amigos. Parece que el periodismo todavía no ha encontrado la manera de narrar estos casos sin volver a violentar a las víctimas exhibiéndolas como despojo.

Eva Van Hoey:

Al leer *Chicas muertas*, tenía la impresión de que, en vez de violentar a las chicas, les da una voz. ¿Por qué es importante incluir las voces de las víctimas o de sus familiares, más que la del femicida?

Selva Almada:

En los casos de Andrea, María Luisa y Sarita, nunca se supo quiénes las mataron, entonces, no había posibilidad de incluir las voces de los femicidas. No obstante, aunque hubiese estado el femicida, no hubiese incluido su voz, porque no me interesa. En mi opinión, el femicidio responde sencillamente a la misoginia y al odio de género. Lo que me interesa es que este victimario tomó la vida de alguien porque tenía el poder de hacerlo. No me gustaría que un libro mío fuera el vehículo para argumentar por qué un femicida hizo lo que hizo o para justificar de alguna manera por qué lo hizo. En cualquier texto que escribo sobre el tema, siempre voy a privilegiar las voces de las víctimas o de sus familiares, o de las personas que las conocieron, antes de la del victimario.

Eva Van Hoey:

Además, incluyó su propia voz, a través de algunas anécdotas personales que, a veces, causan miedo y malestar.

Selva Almada:

Quizá sientes que la violencia de género, y todo lo que estoy contando, es muy ajeno, porque nunca te golpeó tu pareja. Pero el hecho de tener miedo por pasar frente a una obra de construcción o de tener un novio celoso, esto seguramente nos pasó a la mayoría de las mujeres. Entonces estas pequeñas anécdotas personales sirven para recordar al lector y a la lectora que sin duda alguna vez le pasó algo similar. Al mismo tiempo, también me ayudaron para que yo misma pudiera identificarme con los casos de femicidio. Cuando empecé el proyecto del libro, pensé que me interesaba mucho, pero que nunca me pasó, que yo nunca fui víctima de violencia de género. Después me di cuenta de que no me había tocado esta forma extrema, pero sí esas pequeñas agresiones a las que estamos acostumbradas. Así empezaron a surgir los propios recuerdos. Hasta entonces, no había visto esas agresiones como violencia machista, porque las tenemos incorporadas como mujer: pensamos que

tenemos que soportar que nos toquen en el transporte público. Fue también un descubrimiento para mí darme cuenta de que esas cosas son también violencia de género y forman una red que es la misma red que después sostiene un femicidio.

Eva Van Hoey:

Me parece que en *Chicas muertas* hay una voluntad tanto de documentar los femicidios como de humanizar a las víctimas. ¿Reconoce estos mismos objetivos en obras de sus colegas?

Selva Almada:

Lamento haber conocido a Cristina Rivera Garza después de haber escrito mi libro, porque su interés por el archivo y las voces —los testimonios como parte de un archivo colectivo— me parece fascinante. Si la hubiese leído antes, hubiese podido aprovecharlo, porque lo que aparece en *Chicas muertas* de archivo y de registro de voces intuitivamente va por allí, pero yo no disponía del bagaje teórico que ahora tengo después de haberla leído. En la investigación policial o judicial el foco está puesto en los hechos y las pruebas, como los análisis de ADN, pero así la víctima se convierte en un objeto de estudio más. Lo que más me importaba era contar la persona. Es también lo que hace maravillosamente bien Rivera Garza en *El invencible verano de Liliana* (2021), el libro sobre su hermana Liliana. Además, es genial que ella tiene todo el archivo que armó su propia hermana. Dice ella misma que conoce mejor a su hermana gracias a este archivo y a la escritura del libro.

Eva Van Hoey:

La publicación de *Chicas muertas* coincidió, o casi, con el inicio de la nueva ola feminista en Argentina. ¿Cree que esa coincidencia influyó en la recepción del libro?

Selva Almada:

Chicas muertas se publicó en 2014 y el año siguiente fue la primera marcha de Ni Una Menos, un movimiento al que adherimos gran parte de las mujeres en el país y que además tuvo su efecto contagioso en países vecinos. En ese momento no había muchos libros sobre el tema. Mi libro volvió a ponerse en la vidriera porque estaba en consonancia con lo que reclamaba el colectivo. Hizo todo un camino y se convirtió en un libro bastante simbólico, pero no fue por mi afán. Me importaba mucho hacer el libro, porque quería rescatar las historias de estas tres mujeres asesinadas y adoptar una postura pública con respecto a la violencia de género y el femicidio. Cobró una dimensión para las lectoras que yo no había previsto.

Eva Van Hoey:

¿Cuáles son, en su opinión, los logros más relevantes del movimiento?

Selva Almada:

Estábamos muchas personas en la comunidad y la sociedad pensando lo mismo y teniendo la misma preocupación: el hecho de que estaban pasando los femicidios y que teníamos que hacer algo, porque nos estaban matando literalmente. Ni Una Menos fue la cristalización de toda esa electricidad y todas esas preguntas que antes nos hacíamos de manera más solitaria. Antes de Ni Una Menos, yo por lo menos tenía la sensación de que para ser feminista había que ir a la universidad y leer determinados libros, había que ser una teórica. Lo más genial que ha pasado en los últimos años es que nos dimos cuenta de que para ser feminista simplemente hay que adherir a cierta manera de ver el mundo y militarlo en la calle, en la familia y en nuestros lugares de trabajo. Hay que salir a reclamar por las que están muertas y por las que seguimos vivas para desmontar el aparato machista que está tan arraigado en nuestras culturas.

Eva Van Hoey:

¿Los y las artistas juegan un papel importante en la lucha feminista en Argentina?

Selva Almada:

Cuando se hizo la campaña para la legalización del aborto en Argentina, un grupo de escritoras y artistas activó muchísimo: iban a hablar con los congresistas para convencerlos de apoyar la ley. Es distinto cuando una persona pública, como por ejemplo una escritora conocida, habla con ellos que cuando lo hace una activista o profesora menos conocida. Después hubo toda una campaña de #MeToo que llevaron adelante las actrices muy conocidas de la televisión a raíz de la violación de una actriz joven. Obviamente tuvo más impacto porque son caras que la gente ve en la televisión y de quienes a veces tenemos la impresión de que son nuestra familia. Creo que el activismo de escritoras por ciertas causas, no solo en los libros sino también en las redes sociales y en la calle, ayuda. También creo que si los y las artistas en general ponen el cuerpo en algunos temas que les interesan e interpelan, pueden llegar a un número de personas que quizá de otra manera no entrarían en contacto con estos temas.

Eva Van Hoey:

Muchas escritoras hispanoamericanas están publicando libros de ficción y no ficción sobre la violencia de género. ¿Se siente parte de un movimiento o de alguna generación literaria?

Selva Almada:

Me siento parte de una época y de muchas cosas que han pasado en Argentina los últimos años y del feminismo, pero no diría que forme parte de una corriente de escritoras o de cronistas que abordan estos temas. Sí me identifico con una generación de escritoras que estamos publicando libros muy diferentes entre sí en Argentina en los últimos años y que tenemos mucha visibilidad. Es un gran

momento para las escritoras en Argentina y América Latina. A veces se intenta encuadrar un poco peyorativamente a las escritoras latinoamericanas pretendiendo que tenemos mucha visibilidad gracias al movimiento feminista, como si el éxito solo respondiera a esto. Obviamente creo que los feminismos ayudan a visibilizar la escritura de las mujeres, pero también hay una diversidad y cualidad en estas obras que hace que llamen la atención, que encuentren editoriales, lectores y lectoras, y que se traduzcan a muchas lenguas.

Eva Van Hoey:

¿Hasta qué punto estas escritoras logran llegar también a un público masculino?

Selva Almada:

En los últimos años hay más apertura de parte de los lectores masculinos hacia obras de mujeres. Hace diez años un varón quizá no iba a leer una novela de mujer, pero creo que el espacio de la lectura se ha deconstruido bastante. No obstante, parece que se acercan más a las novelas que justamente están planteando mundos masculinos como, por ejemplo, mi Trilogía de varones. No sé si muchos varones leyeron *Chicas muertas*. Me ha pasado varias veces que me invitan profesoras de escuelas secundarias para conversar con los estudiantes acerca del libro, como una excusa para hacerlos hablar de la violencia de género, y que los varones están mirando el teléfono como si no fuera un tema para ellos. Siempre les digo que el machismo no solo les arruina la vida a las mujeres, sino también a los hombres, ya que hay un montón de cosas que no pueden hacer aunque quisieran. El machismo también les dice a ellos cómo tienen que vivir.

Eva Van Hoey:

En su Trilogía de varones enfoca precisamente la masculinidad.

Selva Almada:

A mí siempre me ha interesado el universo masculino. No obstante, contando sobre este universo de varones me di cuenta de que también estaba contando el universo de las mujeres. Las mujeres tienen un protagonismo mayor en *No es un río* pero en las otras dos, aun con lo poco que aparecen, también se revela cómo las mujeres igualmente están marcadas por las relaciones que los varones establecen entre sí. O sea, que aunque no están en primer plano, también son novelas que hablan de las mujeres.

Eva Van Hoey:

En sus obras trabaja a menudo con el imaginario rural, y habla desde un lugar más bien periférico.

Selva Almada:

Mis textos de ficción siempre estaban situados en el interior de Argentina, en las zonas más rurales, lejos de las grandes ciudades. *Chicas muertas* también responde a esto. Además, al igual que el resto de mi obra, en el libro hay un ingreso importante del paisaje y de la forma de hablar. En los años noventa y en la primera década del siglo XXI, la literatura argentina estaba muy concentrada en lo urbano. Pensemos en los autores nacidos y crecidos en Buenos Aires, como Alan Pauls, que escribían sobre este ambiente en el que habían vivido siempre. Después salieron mi novela *El viento que arrasa* y las de Hernán Ronsino (*Glaxo, Lumbre*). Llamaron la atención porque se había llegado a un agotamiento de leer novelas sobre los problemas urbanos de la clase media ilustrada. De repente aparecieron personajes de otro lado que plantearon otros conflictos y otras miradas sobre el mundo. Estos libros venían a recordar que el país es más amplio que Buenos Aires y que quedan otras geografías por explorar en la literatura. También lo estaba haciendo Lucrecia Martel, una directora a la que admiro muchísimo, desde el cine.

Eva Van Hoey:

¿En qué proyecto literario está trabajando en este momento?

Selva Almada:

Hay un edificio muy antiguo cerca de mi casa que fue creado por las damas de beneficencia a principios del siglo XX para mujeres viudas con hijos pequeños. Ahora es una especie de residencia donde viven mujeres mayores de sesenta años. No es un geriátrico, sino que funciona de manera independiente: las mujeres están allí a su aire y tienen mucha autonomía. Me interesa este lugar para reflexionar sobre las mujeres y la vejez, ya que en Argentina ser vieja o viejo es duro. Escribir sobre este lugar me dará la posibilidad de pensar en las mujeres en las últimas décadas de sus vidas.